

Capítulo 1

La Mancha

El consultorio de la Dra. Elena Varela huele a lavanda y a papel viejo, pero también a algo que ella no puede nombrar—un residuo de los cuerpos que han pasado por aquí, el eco de las palabras que han quedado atrapadas en las paredes de escayola. Son las ocho y cuarenta y siete de la mañana de un viernes de octubre y la luz entra sesgada por la ventana que da a la calle Serrano, iluminando las partículas de polvo que flotan sobre el diván como pequeños planetas sin dueño. Elena tiene cuarenta y dos años y el gesto de quien ha aprendido a escuchar sin juzgar, pero hoy sus dedos tamborilean sobre la mesa de roble—un tic nervioso que solo aparece cuando algo no encaja, cuando el mecanismo interior de un paciente se resiste a ser comprendido.

En la mesa, delante de ella, las diez láminas del test de Rorschach están dispuestas en abanico, como naipes de una baraja que nadie pidió. Son reproducciones modernas, impresas en cartulina mate de alta calidad, pero podrían ser las mismas que Hermann Rorschach dibujó en 1921 en su pequeño apartamento de Herisau, Suiza—manchas de tinta que un psiquiatra obsesivo convirtió en ventanas al alma humana. La lámina I, la más famosa, la mancha central simétrica y oscura que parece un murciélago o una mariposa o los pulmones de un cadáver, mira a Elena desde la mesa con la fijeza de un ojo sin párpados, y ella sabe que en esa mancha se esconden más verdades que en cualquier cuestionario de ansiedad o escala de depresión que haya administrado en sus quince años de carrera.

Frente a ella, en el diván de piel granate que compró en una tienda de segunda mano cuando abrió el consultorio, está Carlos Montero. Tiene treinta y cuatro años, es ingeniero de software especializado en ciberseguridad, y lleva tres sesiones en las que no ha logrado hablar de nada que no sea su trabajo—códigos, servidores, cortafuegos, actualizaciones del sistema. Llegó derivado por su médico de cabecera con un diagnóstico de "ansiedad leve", una etiqueta que los médicos de familia usan como cajón de sastre para todo lo que no saben nombrar, pero Elena lleva el tiempo suficiente en la profesión para saber que la ansiedad nunca es leve y que detrás de cada síntoma hay una historia que el paciente no quiere contar.

Carlos lleva un jersey de lana gris que le queda grande, como si hubiera perdido peso en las últimas semanas, y sus dedos juegan con el borde de la manga mientras mira la lámina I sin verla realmente. Sus ojos son de un azul pálido que en otra persona serían bonitos, pero en él parecen apagados, distantes, como si estuvieran mirando algo que solo él puede ver en el interior de su propia cabeza.

—No veo nada —dice finalmente. Su voz es plana, sin emoción, como la de un hombre que ha repetido la frase tantas veces que ha perdido todo significado—. Son manchas de tinta.

Elena sonríe con la paciencia de quien ha escuchado esa misma respuesta cientos de veces. Es la más común y la menos útil, una defensa que los pacientes usan para evitar enfrentarse a lo que las manchas realmente evocan en ellos. Sabe que si presiona demasiado, Carlos cerrará la puerta y no volverá, pero también sabe que si no presiona lo suficiente, nunca llegará a la verdad que se esconde debajo de la superficie de sus respuestas.

—Intente de nuevo —dice, inclinándose ligeramente hacia adelante, el gesto que ha aprendido para transmitir cercanía sin invadir—. Mire la mancha con atención. No intente encontrar algo lógico, algo que tenga sentido. Solo deje que su mirada vague y fíjese en lo que aparece. ¿Qué formas reconoce?

Carlos frunce el ceño y sus dedos dejan de jugar con la manga. Durante un largo silencio, solo se escucha el tic-tac del reloj de pared que Elena heredó de su abuela, un reloj de cuerda que nunca ha funcionado bien pero que sigue colgado como un recordatorio de que el tiempo, en terapia, es una ilusión. Carlos parpadea dos veces y sus ojos se fijan en la mancha con una intensidad que no había mostrado antes.

—Un murciélago —dice finalmente, y su voz tiene ahora un matiz diferente, como si hubiera encontrado algo que no esperaba—. O un ángel. Uno caído.

Elena anota en su libreta de espiral negra, la misma que usa desde que empezó la carrera, con una caligrafía apretada que solo ella puede descifrar: Lámina I: murciélago/ángel caído. Interpretación ambivalente. Posible conflicto entre identidad y culpa. Respondió después de 12 segundos de silencio, indicando resistencia inicial.

—¿Un ángel caído? —repite, para darle espacio a que amplíe—. ¿Qué te sugiere esa imagen?

Carlos se encoge de hombros, un gesto que parece decir no sé, no importa, pero Elena sabe que en ese encogimiento de hombros hay una historia que él no quiere contar. Lleva dos años estudiando el lenguaje no verbal en pacientes con trastornos de personalidad y ha aprendido que los gestos más pequeños suelen ser los que más revelan.

—No sé —dice Carlos—. Los ángeles caídos son los que se rebelaron contra Dios, ¿no? Los que fueron expulsados del cielo. Como Satanás. —Hace una pausa y sus dedos vuelven a la manga—. Supongo que me recuerda a alguien que conozco. O a mí mismo. No sé.

Elena siente un escalofrío que no puede explicar. No es la primera vez que un paciente se identifica con una figura de caída y redención, pero hay algo en la forma en que Carlos ha dicho a mí mismo que la inquieta. Decide no presionar más. Tiene tiempo. El proceso terapéutico es como desenrollar una madeja de lana enredada; si tiras demasiado fuerte, solo consigues hacer más nudos.

—Sigamos con la siguiente —dice, y coloca la lámina II frente a él.

La lámina II es diferente de la primera. Es asimétrica, con grandes manchas de tinta roja que parecen sangre o flores o las alas de un insecto mutante. Carlos la mira y su rostro cambia, se oscurece, como si algo en esa imagen le hubiera tocado una fibra que prefería tener escondida.

—Dos personas bailando —dice, pero su voz tiembla—. O una pelea. No sé. Las dos cosas a la vez.

Elena anota: Lámina II: baile/pelea. Ambivalencia agresiva. Posible proyección de conflicto relacional.

—Y si tuvieras que elegir —pregunta—, ¿es un baile o es una pelea?

Carlos la mira con una expresión que Elena no sabe descifrar. Hay miedo en sus ojos, pero también hay algo más, algo que ella no ha visto en otros pacientes: una frialdad, un distanciamiento, como si

el miedo fuera una máscara que se pone para que los demás no vean lo que hay debajo.

—Es una pelea —dice—. Siempre es una pelea.

—¿Siempre? ¿Cuándo fue la primera pelea que recuerdas?

Carlos la mira y sus ojos se oscurecen. Durante un largo momento, Elena teme que no vaya a responder.

—Cuando tenía seis años —dice finalmente, y su voz es apenas un susurro—. Mi padre y mi madre. Él le pegaba. Yo me escondía detrás del sofá. Como ella. Como la niña de la mancha.

Elena anota en su libreta: Posible trauma infantil. Explorar en futuras sesiones.

Cuando Carlos se va, sin despedirse como siempre, Elena se queda sola en el consultorio y el silencio que queda es diferente al de otros días. Más denso. Como si las palabras de Carlos hubieran dejado un residuo en el aire. Ella se sienta frente al ordenador, un MacBook Pro que ya tiene cuatro años y que empieza a dar señales de fatiga, y escribe sus notas clínicas con la precisión de quien sabe que la memoria es un mecanismo falible.

Carlos Montero. 34 años. Derivado por ansiedad. Tres sesiones. Resistencia a la introspección. Interpretación de la lámina I: murciélago/ángel caído (ambivalencia identitaria). Interpretación de la lámina II: pelea/baile (conflicto relacional). No hay historial de violencia conocido. Sugiero continuar explorando posibles traumas infantiles. No se observa psicopatología evidente.

No es la primera vez que escribe esa última frase con una ligera

molestia, como si la palabra "psicopatología" le quemara los dedos. Lleva quince años diagnosticando y ha aprendido que la mayoría de las veces los trastornos graves no se presentan con carteles luminosos; se esconden en pequeños detalles que solo un ojo entrenado puede detectar. Pero también ha aprendido que el juicio clínico es falible, y que a veces lo que parece un caso de ansiedad leve puede ser la punta de un iceberg mucho más oscuro.

En la pared, junto al reloj que no funciona, hay un diploma de la Universidad Complutense que certifica su especialización en psicología clínica, y al lado, una fotografía de ella con su madre, María, en la playa de Sanxenxo, el verano de 1995. Elena mira la foto y siente un tirón en el pecho, el mismo que siente siempre que intenta recordar su infancia y se encuentra con un vacío que no sabe explicar. Su madre dice que siempre fue así, que de niña Elena tenía una imaginación prodigiosa pero una memoria selectiva—recordaba los cuentos que le contaban pero olvidaba los días enteros, las vacaciones, las caras de los familiares. "Eres un misterio, hija," le dice su madre en cada conversación telefónica. "A veces parece que no hubieras estado allí."

Elena aparta la mirada de la foto y vuelve a la pantalla. Hay un correo electrónico nuevo que no ha abierto, del departamento de psiquiatría del Hospital Clínico, donde trabaja su colega Carmen Salgado. El asunto dice: Programa piloto - Terapia Asistida por IA.

Abre el correo y lo lee con atención. Es una invitación a participar en un estudio que implementará un sistema de inteligencia artificial para analizar las respuestas a tests proyectivos. "Una IA que analiza patrones," dice el texto, "con un 94% de precisión en la detección de trastornos de personalidad, psicopatía y tendencias suicidas. Validado por tres universidades europeas."

Elena levanta una ceja y resopla. Le parece demasiado bueno para ser verdad—otra promesa tecnológica que no cumple lo que promete. Ha visto demasiados sistemas "revolucionarios" fracasar en su aplicación clínica. Pero al final del correo hay un enlace a un estudio publicado en la revista *Psychological Review*, y cuando lo abre y lee los resultados, su escepticismo se tambalea. Los datos son sólidos, la metodología rigurosa. El sistema ha demostrado una sensibilidad del 94% y una especificidad del 91% en muestras de más de diez mil pacientes.

Escribe una respuesta breve a Carmen: "Interesante. ¿Cuándo empieza?"

Esa noche, en su piso de Malasaña, Elena no puede dormir. La imagen de Carlos diciendo "Siempre es una pelea" se repite en su cabeza como un disco rayado. Y también la de su madre, su voz al teléfono, diciendo: "A veces parece que no hubieras estado allí."

No sabe por qué, pero ambas cosas están conectadas de alguna

manera que no logra entender. En algún lugar de su mente, hay una puerta cerrada que ella nunca ha querido abrir. Y algo, esta noche, le susurra que pronto no tendrá elección.